

OSVALDO PICARDO
(estudio y compilación)
con la colaboración de
JORGE CALVETI Y NICANDRO PEREYRA

Primer Mapa De Poesía Argentina

“Solicitudes y Urgencias”
(El Noroeste: “La Carpa” y “Tarja”)

Foro Cultural del Centro Médico de Mar del Plata
Fondo Nacional de las Artes
Mar del Plata 2000
Editorial Martín- Colección La Pecera



Capítulo IV

TARJA

por Jorge Calvetti

El tiempo, «monstruo hecho de ojos», es un ubicuo fantasma del que sólo conocemos las huellas pues las graba en todos los rostros de la vida, de la realidad.

A su paso erige o derriba, fortalece o debilita, oculta o muestra, por eso un clásico luce una constante lozanía y aquél liberado a las contingencias de lo efímero- aunque «la voladora fama» (el adjetivo es de Homero), se lo llevara momentáneamente, reposará luego en el oscuro olvido.

Reflexiono así porque a instancias del poeta Osvaldo Picardo he vuelto a la consideración de la revista «Tarja» que fundamos hace casi medio siglo en la querida, lejana, provincia de Jujuy.

Busignani, Calvetti, Fidalgo, Groppa y Pantoja emprendimos con apasionado entusiasmo -nada es posible sin pasión- una tarea que en aquellos tiempos nos pareció necesaria y buena y que hoy podemos calificar como absolutamente excepcional.

Tuvo su manantial, «su ojo de agua», como afirma Groppa en Tilcara y durante seis años a pura y voluntariosa continuidad en el esfuerzo o «por prepotencia de trabajo» como diría Roberto Arlt alimentamos su arbóreo anhelo de altura.

Con amplia perspectiva puedo decir ahora -porque recién lo descubro-, creo haber tomado conciencia de ello, que el acierto con que actuamos nos fue inspirado por un sentimiento profundamente compartido y que necesitaba manifestarse: un intenso y claro sentimiento de solidaridad humana. Él nos llevó a hacer lo que hicimos y a publicar lo que publicamos.

En los años 50, a mil novecientos kilómetros de aquí, hicimos conocer poemas de Paul Eluard, Louis Aragón, Carl Sandburg, Jacques Roumain junto a un «Jailli» indígena quichua, «Ruego por la muerte de un minero» o el memorable poema «Ceremonia del lava-manos» del brasileño Jorge Lima que noblemente invita o incita a «... si eres uno de esos hombres que apilan dinero/ o quitan de la boca hambrienta el pan escaso/ o desnudan la carne friolenta/ ven que te lavaré las manos... si eres uno de esos hombres que tienen

garras en los miembros/ y la sangre de Abel fresca entre los dedos/ ven que te lavaré las manos”.

Considero que estos versos son suficientemente expresivos y explícitos de la actitud espiritual y afectiva con que los cinco directores de «Tarja», emprendimos la publicación de esta revista.

Lo hemos manifestado en muchas de sus páginas.

Decíamos:

«Testigos de nuestro paisaje terrestre y celeste, testigos del tránsito del Hombre por esos paisajes, conocedores de sus pobreza y de sus riquezas, tenemos el deber de expresarlos».

«Volvemos a recalcar nuestras intenciones de llegar a todos; unir a todos los dispersos y contribuir con nuestra humilde y pequeña tarea, que por más humilde y pequeña que sea se agrandará notablemente si la realizamos en el vasto campo de los hombres sin olvidar a ninguno».

El esfuerzo anónimo del que transportó y talló las piedras hace miles de años aún sigue siendo útil. Así ocurrió la historia: con la mínima tarea de todos».

«La vida verdadera es profundidad, amor y creación. Quien la vive así asume plenamente su situación en el mundo y colma su ser afincando en sí las cosas, los seres y los hombres como presencias dotadas de cualidades singulares, plenas de sentido».

Quien la vive así conoce el nombre poético de todo lo creado, puede hundir su palabra en la sombra y calar en el misterio».

«Tarja quiere ser algo así como una posta abierta a la rosa de los vientos, una incitación a generosos mensajeros, para que en sus páginas y también con su ejemplo -salgan y vengan estímulos y llamados que preparen la unión y concierto de lo que está disperso y lejano».

«Nos declaramos solidarios con todo aquel que, aún con recursos primarios o conocimientos escasos, apunta a lo sustancial en

arte y construye con el barro que pisa a diario, una ingenua paloma portadora de su cálido amor por todos».

Hasta aquí algo de lo expresado en las páginas de «Tarja», con palabras.

Considero un deber llevar la atención del lector a otros aspectos de la realidad de «Tarja»: la calidad artística de las ilustraciones con que la enriquecimos, el alto valor intelectual y moral del material elegido para la sección denominada «La red» y las excelencias de su diagramación que estuvo a cargo exclusivo de Néstor Groppa y sus colaboradores de la imprenta de ese noble corazón que fue José Francisco Ortíz.

Por todo ello creo -lo digo así porque es un acto de fe - creo que publicaciones como la que el lector tiene en sus manos deben ser siempre bienvenidas.

Un cabal conocimiento del pasado permitirá -es mi convicción- una más justa estimación del presente.

Descripción de la revista "Tarja"

por O.P.

I. Características generales

La revista se propone como interartística (plástica, música, literatura) y aparece con una frecuencia más o menos bimestral desde noviembre- diciembre de 1955, hasta completar los dieciséis números.

La dirección estaba a cargo de Busignani, Calveti, Fidalgo, Groppa y el plástico Pantoja. Desde el primer número aparece ilustrada con originales de varias especies: tacos, xilografía, acuarela, tinta.

Entre los colaboradores se destacan en la contratapa del tomo de reedición de los seis primeros números (noviembre- diciembre de 1956 y enero-febrero de 1957):

a) en *Literatura*: J. A. Casas, H. Tizón, J. Dávalos, C. Corte Carrillo, D. H. Baca, G. Torrejón, P. Krapovickas, M. J. Castilla, C. E. Fantini, C. De Guevara, A. Barletta, F. Cabana, N. Cócaro, J. Torres Aparicio, J. Lara, L. Benarós, G. Ruiz Daudet, G. Michel, R. Rivero, G. G. Saraví, L. Pellegrini, F. R. Díaz, J. Galer, C. Pozzi, L. R. Sanz, G. Gori, M. C. Garros y R. Galán.

b) en *Plástica*: P. Audivert, M. E. Mejías, A. Lamas, J. A. Gneco, N. Onofrio, V. L. Rebuffo, R. T. Cruz, C. Torrallardona, A. Fernández Otero, L. Pellegrini, A. Vigo, J. Arias, F. Leño y C. Lamas.

c) en el *Suplemento de Poesía Inédita*: P. J. Edmunds-C.E. Figueroa-F.G. Flores-A.L. Gallar- G. García Saraví-L. Gianello-L. Demitropulus Giannuzzi-A.J. González-A. Requeni.

II. Contenidos:

Constaba de las siguientes partes:

1. Una tapa con un original de un artista plástico, de temática indígena o regional.

2. Junto al directorio y las indicaciones de publicación, iba una ilustración original y una cita textual de temática indoamericana en que se resaltaban valores socioculturales de "lo americano".

3. Una editorial sin firma con el título de Tarja, que, a no ser el manifiesto del primer número, en los siguientes iba señalando la dirección y recabando datos de la marcha del proyecto.

4. Un poema

5. Un relato

6. Notas sobre muestras plásticas y música.

7. Una sección denominada "La Red" en que se transcribían fragmentos sobre literatura o bien disertaciones. Se destaca el de Héctor Tizón: "América, esperanza y sacrificio" donde expresa "*El renacimiento cultural americano tendrá lugar con la práctica de un humanismo sin florones, con el desprecio por los dogmas y anacronismos. Humanismo que tome al hombre y a su libertad como entelequia y al pueblo como realidad cultural autónoma. Sin olvidar que la sola bandera de la reivindicación económica nos llevaría irremediablemente a una parcialidad errónea y peligrosa, en la misma medida en que su total desprecio nos sumergiría en el dilettantismo y la opresión de las oligarquías ilustradas*" (pág. 57).

8. La sección denominada "Plática", destinada a remarcar las ideas de grupo, en que se ensaya una teorización cultural, firmada por alguno de los directores, con el afán de abrir el diálogo sobre determinados aspectos de la realidad provinciana, nacional o americana.

9. "Publicaciones": reseñas más o menos críticas en que se van delineando "lecturas" más que libros recibidos. Las mismas construyen un criterio significativo de la estética del grupo. Es interesante observar algunas como la de Néstor Groppa, sobre las *Odas Elementales* de Neruda, en que se subraya el valor poético de lo humano y sencillo por encima de lo político y prejuicioso con que se lo quería desestimar. También, de A. Fidalgo, la reseña elogiosa al poemario de Mario Jorge de Lellis, *Cantos Humanos*, y la crítica de Jorge Calvetti a la *Antología de la Poesía Madí* (1956), en que se nota la brecha abierta entre la poética del grupo y la de las vanguardias a nivel de la legibilidad lírica.

10. A partir del segundo número se agrega una sección llamativa dedicada a reproducir ilustraciones y poemas de niños. Representa una clara apuesta a la fe en el poder humanizador de la poesía

y a la idealizada región neorromántica de la infancia.

11. Hay también una sección que acusa recibo de un creciente número de revistas y libros recibidos.

12. Sobresale un pliego suelto, dedicado a la traducción, "Antología", acompañado de ilustración original. También la traducción indica una construcción de comunidad poética universal en que se imponen tres vertientes: a) clásica (una Oda de Horacio traducida por Calvetti); b) lo indígena y americanista (traducción de A. Fidalgo, del poeta brasileño Jorge de Lima, y versión de una poesía quechua a cargo de Jesús Lara); c) lo contemporáneo (traducciones de Carlos E. Fantini, de "Poeme d'amour..." de Paul Eluard; versión de Julio Galer, de "Madera de ébano", de Jacques Roumain).

Capítulo V

Antología de los seis primeros números de Tarja

1. Editorial del primer número

TARJA

Convenimos en dar a esta palabra el significado corriente con que se la usa aquí: marca que indica el día de trabajo cumplido; faena concluída y asentada en la libreta de jornales.

Estamos convencidos de la incalculable temática humana de nuestro Norte y de las posibilidades de sus gentes para el trabajo intelectual. Por ello es que iniciamos esta labor, manifestando la necesidad de que esas posibilidades abandonen el silencio y adquieran las formas concretas del testimonio.

Con ideales que nos vinculan al Hombre real y a su tierra siempre dura; procurando, con espíritu atento interpretarlos, expresarlos y cantarlos, presentamos en nuestra Antología, obras que vencieron a las edades. Labores semejantes a las anónimas manifestaciones de otros hombres: monumentos y cacharros con los que tuvo irremediabilmente que pactar el tiempo.

De nuestra labor, desterramos el azar y la gratuidad. Propósitos claros y definidos nos estimulan. La vieja historia del hombre, podría inducirnos a querer intentar dudosos descubrimientos. No vacilamos en reservar esta disciplina a personas especializadas, las que desde ya, contarán con las páginas que les sean necesarias. Entre la historia y el presente, nos quedaremos con este último, donde está el vivo trajinar del pueblo. Espaciadamente, tal vez cedamos a leves incursiones por la otra.

En nuestra tarja, nos sentiremos por demás recompensados si desde cualquier lugar del país, al solicitar la elahoraci6n adecuada, ésta nos dice del carácter de otras faenas o nos acerca la cordial ayuda, con el gesto de los hombres que en parecida actividad, hacen un alto, para dar la mano a compañeros de empresa.

2.Poemas por autor:

M. Busignani : "Jornalero" y "Lamento"
J. Calvetti: "La mano del arpista" y "Glosa del Aguilar"
M.J. Castilla: "Zafra" y "El Tiempo"
Jaime Dávalos: "Los Antiguos" y "Temor del Sábado"
A. Fidalgo: "Lavanderas del Río Chico"
N.Groppa: "Tierra" y "Heleno"

JORNALERO

No lo busco en las coplas manantiales del cancionero
ni en la diestra guitarra
que le hace rebosar el corazón de tierna aloja
o en el sopor de largos carnavales
cuando pecha jinete junto a todas las carpas
hasta encontrarle un vago hueco al olvido
anda al andar de su caballo
bajo un ronco fulgor de cuero y bagualas.
No lo sigo en los lentos misachicos
cuando trajina al hombro el secular galope de San Santiago
entre añosas deidades campesinas
que tañen bombos y erques mugidores.

Lo muestro ahora en el sudor y la fatiga
y en la tarja de cada día jornalero.
Escucho así su torrencial corrida juntando toros
en el áspero cerco de sus gritos,
su asiduo afán entre solícitos caballos
junto a las polvorientas ansias de la siembra
o ya en los giratorios días de la trilla.
Y digo su destreza que prolonga el lazo
o se hace filo en el acero
con que traza en el monte la estampa de su apuro.
Y el latido puntual de su vigilia
cuando las estaciones quemán en rocíos y soles agrios
su imagen de raíz y siervo de las mieses.

Desde una ahogada latitud de roca
trae ahora en la savia inclementes aristas
y el adverso rumor a días enterrados

con que desgaja las coléricas vértebras del cerro.
Miradle arder enjambres de cansancio
junto al cañaveral de entraña tumultuosa
y andar perdido la espiral arena
que juntan zafras apremiantes.
Y vedle abrir el germen invasor de la semilla,
unir a sus latidos los jugos iniciales
y alzarlos hasta el ávido solsticio del tabaco
para unir a sus frágiles resinas
el impalpable polen del ensueño.

Una vertiente de hachas y rigores
brota en el rumbo secular de los obrajes
donde lo veo estar en soledades sucesivas
lleno de líquenes y vientos bravos
como un cedro perplejo.
Lo miro en fin acompañar el fuego antiguo
donde el maíz rezuma su médula constante.
Y se alza así sustancia y sal de cosas y de frutos
que crecen en sus manos primordiales
para las ciegas arcas de la vida.

Desde el deseado arrullo de las viñas
se moja a veces de cabal ausencia
y se deja caer ajeno en los caminos
hacia un desalentado sueño mineral.

Mario Busignani

LAMENTO

Este lamento por nosotros digo,
aciaga arcilla, mísera imagen de un dios ausente.
Por nosotros dotados de endebles alas
que el sol humilla,
seres de sombra y luz, sin luz cimera ni maciza sombra,
a este continuo perecer nacidos
con que la muerte se nos hace vida,
con que la vida se nos trueca en muerte.

Por esta carne lo digo, codiciosa y vulnerable,
cárcel y corola, quilla y anda;
por el lirio desollado de la infancia
que leuda el corazón con sus cenizas;
por la vírgen que dura sin vendimias
y más por las vendimias sin lagares.

Para el hambre este llanto digo,
para la tierna sustancia que agoniza
tras la calcárea forma de su rito
y en la falaz moneda de su lengua.
Lo digo por sus máscaras, su estuco y sus fanales
y su revés de lodo y llaga.

Este lamento digo por nosotros:
por los que llevan su hambre o su bocado a cuestras
como una cruz estéril, que no redime nada;
por los que llevan yugos y coyundas y no son bueyes;

por los que habitan furtivas fieras
o águilas dementes
y por los que huyen en dislocada fuga
de su aterrada almendra.
Lo digo, en fin, por esta irónica jornada
de ángel frustrado y vana luz.

Jorge Calvetti

LA MANO DEL ARPISTA

A Washington E. Villagarcía

Prisionera del tiempo y de la vida
en su cárcel de música encerrada,
la mano del arpista, estremecida,
preludia una canción enamorada.

Es el amor que llora una partida,
y levanta su eterna llamarada
para encender la música dormida?
O es un ave que canta en la alborada?

Qué fuerza misteriosa la sostiene,
qué poderosa magia la retiene
en su mundo de amor, de nube y nada?

O es una flor que sueña una quimera
la mano del arpista, prisionera,
en el cielo del arpa enamorada?

GLOSA DEL AGUILAR

A un árbol del Aguilar
me lo han hecho padecer,
se le ha secado la sombra
y no le calman la sed.

*Ahora les voy a contar
una historia verdadera,
le canto porque no muera
a un árbol del Aguilar.*

*Esto pudo suceder
en esos pagos lejanos
donde por falta de hermanos
me lo han hecho padecer.*

*La verdad nunca se nombra
mas yo digo la verdad:
a un árbol de humanidad
se le ha secado la sombra.*

*Pero ha de reverdecer
y es por eso que le canto,
pues ha padecido tanto
y no le calman la sed.*

ZAFRA

A Eduardo Pacheco

Evangelina Gutiérrez
cuchillo en mano deschala
y siente que todo el aire
a su lado se azucara.

Miel de palo, su dulzura
por sus trenzas se derrama.

En sus ojos el machete
es como un tajo de plata
y en su cintura se entibia
madura ya la mañana.

En el lote Arrayanal,
Ingenio de La Esperanza
a cada golpe el cuchillo
le va cortando la infancia.
Evangelina Gutiérrez
tallo de arena en La Quiaca
cosecha para el ingenio
flores de azúcar quemada.

Trapiche: párate ya.
No te dejes cortar, caña.
La noche llora rocío
salado como una lágrima
y el aire se pone luto
tordo cruceño en las alas
porque están moliendo el sueño
de Evangelina en la zafra.

En el lote Arrayanal,
Ingenio de La Esperanza.

EL TIEMPO

De solo estar no más, uno cuenta sus cosas.

Y recuerda mañanas de verano, frescas, trinos perdidos y mucho cielo limpio. Y voces de mujeres, domesticadas voces que nombran escobas, plantas recién naciendo, helechos como tul y hormigas tenaces. Eso recuerda, pero también el musgo. Y sobre el musgo la caricia de la mano del niño y la sensación de agua arrugándose que le queda en las yemas, de piel de perro quietito. También eran así las astas de un ciervo joven, lejos, como musgo, pero de otro color; como arena blanda y con raíz. Como un pequeño y dorado viento muerto.

La sombra del helecho sobre el muro celeste le hacía acordarse del humo en los claros del sol que lamían sus manos.

Era cuando seguía de cuatro pies el camino tembloroso de las hormigas. Iban y volvían con un pedazo de hoja verde sobre el lomo. El peso y el viento las hacía tambalear enteras.

Era extraño. En la mitad del camino, como las gentes, se topaban de frente. Cambiaban silenciosas palabras y después cada una seguía su rumbo. A veces esa breve charla parecía tener una oscura advertencia y entonces una de ellas como si se hubiera olvidado de algo, desandaba su angosto sendero, apresurada, chocándose con las que avanzaban en la caravana, casi afligida, ciega de premura. Todo eso se recuerda.

El tiempo, de existir, era lento como una miel dorada.

Se lo notaba a ratos en esa casa añosa, sobre la siesta, cuando en la huerta del fondo, en medio del gran silencio, entre el leve crepitar de los insectos de los yuyarales y el zumbido insistido de los huancoiros juntos a las viejas vigas del techo, caía con un ruido sordo, como un golpe de barro, algún durazno maduro.

Parecía caer sobre uno mismo o sobre el mismo corazón de la tierra. Entonces uno sabía que el tiempo vivía aunque fuera por un instante. Ese golpe seco era signo de su vida y de su muerte, también. Entonces los ojos seguían sus huellas pesadas. Por las paredes blancas caía, barroso, memorizando remotas lluvias, silenciosos fle-

cos nocturnos y lluvias, muchas lluvias mojaban sus ropas de trapo triste.

Se le podía ver sólo mirando largo un mismo punto, que podía ser el tronco del arrayán. Era oscuro su cuerpo y tenue. La luz, como una mano de oro, lo iba retirando de la madera. Y él cedía su lugar, callado, casi solícito. Después ya todo su sitio estaba iluminado. Y había que bajar los ojos al suelo por donde también comenzaba su retirada, entre hojarasca quebradiza y perros que les pisaban a trechos. Así, hasta que se iba lejos, más allá de los cercos y desaparecía.

Entonces venía la noche. Pero algo del tiempo había quedado en los rincones y en la cisterna. Y uno volvía a notar su presencia, sus ruidos.

Cuando la madre pasaba con la lámpara en los últimos trajines, latía en los rincones sombreros. Por fin se dormía cuando la madre tapaba con ceniza el ojo soñoliento y colorado del fuego. Alas, noche entrada, siempre, alguien lo despertaba con las manos del susto. Era como hurguetearle con un palo la cola en la alacena donde dormía. Buscaban huecos en los paredones donde había ollas de barro con monedas de oro y muchos collares.

Pero todo era cosa de los arrieros alucinados. Ganas de encontrarle algo a la casa, de turbarle su añosa paz.

Así, la casa y el tiempo, juntos, una vez despertados, les quemaban el sueño y nadie podía pegar los ojos. Por la galería grande, sobre sus baldosas de ladrillo, llegaba el otro dueño de la casa, el que la había hecho y que ya estaba bajo la tierra. Es cierto que habían oído sus pasos tintineados de espuelas, pero no lo conocían. Se lo imaginaban de anchas bombachas negras y bigotes cayéndole sobre la boca seria. Lujosa la chaqueta y el sombrero aludo y blanco. Un señor recio, de lentos ademanes. Arremetía con su caballo por el guardapatio; los cascos herrados del animal sacaban chispas de las piedras medio enterradas y el jinete desensillaba. Avanzaba hasta la galería y allí paseaba sonando sus espuelas. Hasta creían oír el golpe del talero sobre la caña de la bota. Entonces salían armados de las habitaciones, los ojos abiertos al miedo. Sólo las noche afuera; los grillos y los sapos latiendo. Tenían que volverse porque no hallaban nada.

—Es el tiempo—, pensaban.

LOS ANTIGUOS

Con los puños en los ojos
sentadas bajo la tierra,
mientras lame el viento norte
rastros y playas secas
y los remolinos andan
levantando polvaredas,
envueltos en lana y noche
la resurrección esperan.

Los huacos guardan sus huesos
como un útero de greda,
donde el maíz sigue riendo
en las chatas calaveras.
La raíz del algarrobo
cabellos y uñas tantea
para llevarlos al polen,
al zumbido de la abeja
amarillando en la aloja
y en la añapa por las siembras.

Ollas, pucos, vasos, yuros
puruñas, libes, pulseras
cobre, cuero y oxidiana
volverán por la madera,
por el jume, el cachiuyo,
las jarillas y la brea
los chañares y las tolas
los cardones y las queñuas.

El camino de la sangre
ya no tiene primavera,

podriéndose están las lanzas
y los bombos de la fiesta
y en el champi se divorcian
cobre y estaño en la tierra.

El sol y la luna pasan,
el viento ulula en las peñas
donde cerró Pachamama
funerales sementeras.

Quedó en las tumbas el arco
al aire partió la flecha.

TEMOR DEL SÁBADO

Para TARJA

El patrón tiene miedo que se machen
con vino los mineros.
El sabe que les entra como un chorro
de gritos en el cuerpo
y enroscado en las cuevas de la sangre
les hallará el silencio,
el oscuro silencio de la piedra
que come sombra socavón adentro.
Que volverá morado en las bagualas
del fondo de los huesos
su voz golpeando dura como un puño
en el tambor del pecho.

El vino ronco se paró en la puerta,
viene a pedir aumento.
Atrás del bicho hundido en las pupilas
de cada barretero
se apagan los colmillos del antiguo
tiritando recelo.

¡Hay que esconder el vino entre cerros...
el vino pedigüeño!
¡Hay que esconder el vino como un crimen..
el vino pendenciero!
¡Que ni una gota más caiga en la boca
desierta del minero!
¡Que mastiquen su grito con la coca
en la panza del cerro!

El patrón ha mandado que lo guarden
y se volvió vinagre en el encierro.

Los ojos del patrón lo custodiaban
por arriba del sueño...
Los ojos del patrón lo están velando...
desvelados de miedo.

*N. del E.: Al momento de publicarse esta poesía en «Tarja», no se había publicado «El Nombrador», siendo ésta una colaboración inédita de Jaime Dávalos.

LAVANDERAS DEL RIO CHICO

"Paso ríos, paso fuentes,
siempre te encuentro lavando.
La hermosura de tu cara
el agua la va llevando".

(Anónimo)

Pulsas el río;
tocas
su eléctrica materia transparente.
Y él la imagen devuelve, agradecido,
de tu rostro de greda adolescente.

Sus largos dedos de agua
te acarician.
Es árbol de cristal el que sustentas
y en ti se nutren sus raíces liquidas.

Cuando sacas tus ropas
nace el alba.
(Roja, azul, amarilla, blanca ...)

Y cuando las recoges,
el crepúsculo
tiende sólo de envidia
sus banderas moradas.

Regresas con tus huestes de colores.
Detrás de ti, la luz
desata sus fulgores.

Bates
el tambor ronco de la piedra,
como si convocaras a tu lado
todos los minerales de la tierra.

¿Es el tiempo
quien lleva tu hermosura?
¿Es su firme pulir,
su largo viento?

(El tiempo es duro, seco.
Desecha la blandura de la carne;
busca lo sustancial, el hueso.)

O tal vez,
quien roba tu belleza es el esfuerzo;
el trajín cotidiano,
el sufrimiento.

Entre pálidas sábanas, enjuagas
tu color
y tu aliento.

Pero no... que es el agua.
Pero no... que es su espejo
quien se lleva cantando entre piedras
la corzuela en asombro de tus ojos
y el nocturno total de los cabellos.

Pero no... que es el río.
Pero no... que es el tiempo.

Pero no... que es el agua...
Pero no... es el esfuerzo...

"Paso ríos, paso fuentes,
siempre te encuentro lavando.
La hermosura de tu cara
el agua la va llevando".

TIERRA

FRAGMENTO DE CAMPESINOS

Todos los días miro la tierra.
Sé cómo la quemán las noches heladas del invierno,
la entibia el sol inclinado de junio;
cómo la tornan vivienda y se cobijan en ella
y día tras día la observa el campesino
y la da vuelta y la raya y la sueña suya.
Veo cómo de tanto insistir la convence el río
arrastrándola con él a la aventura.
Sé cómo la palean, volviéndola camino,
bandadas de humildes peones.
Miro la tierra ardida o helada,
agrietada o compacta,
asomar su fruto o perderlo.
Separándola del hambre, no la comprenderemos nunca!
Desde el río encerrado de las lluvias,
cumplido el ciclo, nace el vegetal.
Llega a las manos del hombre
para socorrer y estimular su vida.
Y así como éste amó y dió sus frutos
en varios años,
en un solo verano cumplió la planta
y se volvió a la tierra a continuar su lucha.
Miro esta plataforma de hechos anónimos y diarios.
Sé que por ella anda, simplemente, la vida:
la sosegada lluvia de cada aurora,
luego el sudor de la jornada,
sepultándose a la par de la semilla.

Más abajo de donde pasa el apagado río de las lluvias,
se mueven las antiguas huellas del trabajo y la fatiga;

áreas de hambre, siervos pisoteados,
tumultos de lágrimas,
terrores.

Todo lo que estuvo
y todo lo sufrido por cada uno,
en su medida ayudaron al fruto
que es la segunda esperanza de la planta y del hombre.

"HELENO"

Nació en Tilcara.
Murió a los 24 años de edad en
la mina El Aguilar, mientras jugaba
el segundo tiempo de un partido fútbol.

Eras el niño,
huérfano de cielo inmenso,
ya con la estrella de los hombres correspondido.
Aislado en el metal,
asornbrándote las trizadas estrellas
que cada minero anuncia en el rostro
y en las manos,
eras el niño pobre contemplando en el frío,
la arcilla
y el viento enmarañados,
cómo en la vida difícil une
y es alta
la ley del mineral humano.
Luego fué tu juventud
—mensaje listo sobre la tierra—
la flor que moriría
sin haber envejecido,

la espera
tal como suele secarse la débil juventud de muchos.

En el camión contigo
vinieron
los que contigo
en la mina trabajaron.
La vejez de tu madre
los aguardaba
como a la más triste visita
que le presentó la vida.
A los cuatro meses,
cuando había comenzado tu joven esposa,
ya era demasiado vieja,
y demasiado lejos estaba

de la noche hermosa
en que tomaras su mano.

De pie,
junto a las vecinas,
despidieron tu muerte
y comenzaron a sufrir
los últimos,
los primeros mañanas,

asombradas,
ante la soledad en punta de cada espina.

Desde que llegaron, miran;
mudos y lejanos, miran;
sus sombreros están viejos
y viejas son las camperas
y el sencillo corazón minero.
Los ojos estampados en el tiempo
leen la orfandad del mundo,
doloridos siguen el paso severo de la vida,
mientras a su rostro,
bajo los sólidos armazones del mineral en silencio,
la muerte se lo lleva a sus primeras lejanías.

Fría,
como una luna de metal conquistada en la tierra,
quedó la mina.
En la usina,
donde todos trabajan para el pan de todos,
aún sigue su espacio de muchacho anónimo.
Con dolor de hermanos y de gremio,
aquellos simples corazones mineros
en él dejarán una lágrima;

ella ha de ser como una cálida flor de sal
y de plomo, creciendo por ausencia en homenaje
y gastada en la silenciosa imaginería del tiempo.

*N. del E.: Al momento de publicarse esta poesía en «Tarja», no se había publicado. El Taller Infinito